Nazis en las sombras

Julio B. Mutti

nowtilus

Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: *Nazis en las sombras*
Autor: © Julio B. Mutti

© 2015 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Editor: Raúl Calvo Quesada
Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid
Diseño y realización de cubierta: Universo Cultura y Ocio

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-9967-713-2
ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-714-9
ISBN edidión digital: 978-84-9967-715-6
Fecha de edición: mayo 2015

Impreso en España
Imprime: Servicepoint
Depósito legal: M-12227-2015

A mi esposa e hijos. A toda mi familia.

Índice

Agradecimientos.....11

Al lector ante un gran libro.....13

Introducción 17

Capítulo I. Los primeros *Reichsdeutsches*
y los primeros nazis en el Río de la Plata..... 23

Capítulo II. Niebuhr y el *Affaire* Patagonia..... 37

Capítulo III. La *Speeaktion*.
El primer grupo organizado de espionaje nazi..... 49

Capítulo IV. El nacimiento de la Red Bolívar y la Orga-T 67

Capítulo V. La estación experimental en las islas del Tigre 89

Capítulo VI. El contrabando de personas
y materiales valiosos entre el Tercer Reich y la Argentina 101

Capítulo VII. Tandil y General Madariaga.....119

Capítulo VIII. La caída de Niebuhr y la primera gran redada 133

Capítulo IX. El «Tío» Kusters, Talita y una aventura patagónica..... 139

Capítulo X. Becker recargado 151

Capítulo XI. Objetivo Paraguay 165

Capítulo XII. Alianza militar secreta 175

Capítulo XIII. El «emporio de la radio» 183

Capítulo XIV. En busca de las armas de Hitler.
El caso Osmar Hellmuth 195

Capítulo XV. Ruptura forzada 207

Capítulo XVI. A la caza de los agentes nazis 219

Capítulo XVII. Las misteriosas cajas sumergibles 231

Capítulo XVIII. La tregua 239

Capítulo XIX. La llegada de «Cobija» y «Valiente» 247

Capítulo XX. Ataque diplomático desde Washington 261

Capítulo XXI. La gran ofensiva contra los espías nazis 271

Capítulo XXII. Fiebre de divisas 289

Capítulo XXIII. El último espía 295

Epílogo 307

Notas bibliográficas 315

Apéndice I.
Agentes y colaboradores del espionaje alemán en Argentina 321

Apéndice II. Nombres falsos y en clave
de algunos protagonistas de la historia narrada 329

Bibliografía 331

Agradecimientos

Quiero agradecer profundamente el inestimable aporte de un grupo de personas, que ha colaborado desinteresadamente con la presente investigación.

En primer lugar agradezco el indispensable análisis técnico de José Ricardo Ahumada sobre los materiales de la Orga-T incautados por Coordinación Federal en los años cuarenta. Sin su dedicada ayuda hubiera sido imposible interpretar las cientos de fojas del *Segundo Sumario de Espionaje Alemán* donde son descritos los innumerables elementos de radiotelegrafía utilizados por los agentes alemanes. En los archivos del autor existe un amplio informe técnico que por razones de espacio no se ha incluido en la versión final de la presente obra.

Agradezco infinitamente el aporte del capitán Jerry Mason (retirado) de la US Navy, quien ha puesto a disposición su enorme archivo de documentos microfilmados de la Kriegsmarine. Ha resultado fundamental el análisis, no sólo para la presente obra, sino también para trabajos publicados años atrás, de los documentos *KTB (Kriegstagebücher)* de la fuerza de sumergibles alemanes.

Gracias a Xavier Alcalá por su valorado consejo y su imprescindible empujón.

Agradezco el aporte de Pablo Javier Junco, historiador marplatense, quien ha hecho su aporte para lograr una correcta descripción de la Mar del Plata de los años cuarenta. Gabriel Pavlovcic es el responsable de

aportar la fotografía original de la avioneta del espía Werner Koennecke, con la cual los alemanes realizaron operaciones en el norte del país y en Paraguay.

Estaré eternamente en deuda con Hilda Hingst, hija de Bernardo Hingst, un colaborador del servicio secreto germano, quien abrió desinteresadamente las puertas de su casa y los rincones más recónditos de sus memorias. A ella debo también una sentida carta familiar de aquella época, sobre la angustiante situación de su padre, la cual se conserva en los archivos del autor, y la fotografía nítida de una vieja pieza de madera con el escudo de Hamburgo y la firma grabada de más de veinte espías del servicio.

También debo mencionar el aporte realizado por Juan Hingst, hermano de Hilda.

Agradezco la comprometida ayuda prestada por Salvador Lugo Díaz, quien se esforzó dedicadamente en la misión de explorar la posibilidad de que los telegramas cifrados por las máquinas Enigma de la Orga-T pudieran ser descifrados por los archivistas de Bletchley Park.

Gracias a Ricardo Schuller por relatar espontáneamente la historia de su padre, a Pedro Alberto Fillipuzi por su trabajo de investigación realizado sobre el Archivo General de la Nación y al doctor don Daniel Sánchez por su bien valorada ayuda con los expedientes judiciales.

Reconozco enfáticamente la incontrastable diligencia y predisposición del personal del Archivo General del Poder Judicial de la Nación, especialmente al incansable David; también la abnegada paciencia e infinita cordialidad de Sergio y Jesús del Archivo Parlamentario de la Honorable Cámara de Diputados.

Gracias a Santos, a Raúl y a todo el equipo de Nowtilus por creer.

Al lector ante un gran libro

La vida es algo que vamos encontrando mientras vivimos, aunque ya de mayor uno piense que también encontró lo que fue buscando. Digamos, entonces, que la vida es el resultado de la casualidad y la voluntad.

Escribo esto porque en la rebotica de mi magín desde hace mucho hay un mundo borroso que deseo aclarar. Esa aspiración me hizo andar por circuitos en los que la casualidad se dio a favor de mis intereses.

¿Cuándo escuché por primera vez algo sobre los nazis en Argentina? No puedo acordarme porque me crié escuchando historias de guerra, declarada y oculta, en España y en los países donde todo el mundo tenía parientes: Cuba y Argentina. De pequeño me gustaba la aventura de subir a un castillo en cuya descomunal puerta de madera alguien había grabado una cruz gamada. Los viejos decían que el grabador era miembro de la tripulación de uno de los submarinos que se aprovisionaban en las rías dominadas por aquella fortaleza.

Guerra. Nazis. Argentina. Décadas de escuchar fábulas, la mayor de ellas que Adolf Hitler acabó sus días tranquilamente mirando el Mar Austral desde la costa del golfo de San Jorge. Nada lo prueba, pero sí es cierto que en Comodoro Rivadavia, la mayor ciudad de la Patagonia, vivió un sosias de Hitler –Alexander Schikorr– que participaba en las actividades de los nazis de la zona, numerosos y descarados.

El otro mito menor, leyenda con base real, es el de los submarinos que afloraban en las costas patagónicas, y que acabaron trayendo grandes personajes del Tercer Reich e inmensos capitales. ¿Ocurrió realmente?

Lo cierto es que los alemanes construyeron «planchadas» en las playas desiertas del Chubut y de Santa Cruz para el desembarco de botes de goma. Aún resisten a la brutalidad del mar y la arena.

No es invención que Argentina contaba con una pujante colonia alemana cuando Hitler ascendió a canciller y atizó la hoguera que acabaría con tantos millones de europeos. Tampoco lo es que esa gran colonia hizo muestras públicas de patriotismo hasta los momentos finales del Reich de los mil años. Y, finalmente, cualquier anciano argentino puede señalar con el dedo la casa de cualquier alemán que apareció después de la Segunda Guerra Mundial sin saber sus vecinos cómo...

¿Cuántas conversaciones sobre los alemanes (no todos nazis) en la Argentina habré tenido? Muchas, con sorpresas como la de que un pariente me contase que en Buenos Aires era compañero de aula de la hija de un responsable del Holocausto, o que mi suegra me presentase a la viuda aporteñada de un oficial del *Graf Spee*.

Mi interés por la realidad que supera la imaginación fue creciendo con los años; y así es como me topé con los libros de Julio Mutti sobre «el verdadero final de la Segunda Guerra Mundial». Los leí con fruición y agradecimiento: me confirmaban ideas sobre cómo sucedieron los hechos, alejados de lo peliculero, mucho más sencillamente o más complicadamente que lo aceptable en un guion cinematográfico. El cine no da para reproducir cuanto sugiere la lectura de libros bien armados.

Después tuve el placer de conocer a Julio Mutti, de charlar con él al lado del edificio judicial donde llevaba tiempo procesando un enorme legajo: la investigación sobre los agentes secretos alemanes en Argentina durante la conflagración mundial. Su imagen próxima confirmaba lo percibido a través de sus textos: era un hombre trabajador y preciso...

He ahí, en las páginas que siguen, el resultado de su labor minuciosa. Sepa el lector que se encuentra ante un gran libro, que podría haber sido simplemente un libro grande. Mutti supo exprimir la esencia de dos mil quinientas páginas de prosa policial para organizar un relato que supera cuanto pudieran imaginar novelistas avezados. Y logra pintar un vasto retablo de la relaciones entre un pueblo disciplinado, enfatuado, que miraba al resto del mundo con desdén, y otro pueblo hijo de mil pueblos en cuyo comportamiento todo es posible porque introduce demasiadas variables en su ecuación socio-política.

Julio Mutti nos pinta la confrontación entre la Alemania nazi y el último país americano en darle la espalda por orden del tándem Estados Unidos-Gran Bretaña. Los agentes alemanes, divididos por estratos, por células dependientes de Canaris o de Himmler, se aprovechan del sentimiento antiyanqui de los criollos argentinos, comparten con el poder

democrático o de facto más de lo que pueda ser confesable ante sus gobernados. Cegadoras sumas de dinero, sofisticados recursos técnicos, contrabando de personas, materias primas estratégicas y medicamentos escasos: todo vale para resistir... hasta que Alemania se hunde en lo que el autor llama, con acierto, el averno.

La acción es de novela de intriga, montada con técnica de «capas de cebolla». Se busca a «Sargo», el fantasma supremo del espionaje alemán en Argentina. Al final Mutti nos mete en el meollo de la persecución, con escenas que cualquier amante de la épica del misterio quisiera haber vivido.

Lo dicho, un gran libro; y una recomendación al lector: no se acelere, lea con calma aunque el ritmo que imprime el autor lo provoque; disfrute cada página, tome notas y vuelva a leer.

Quizá, después de este certero trabajo, Julio Mutti acepte un nuevo desafío: entrar en el inframundo de los agentes secretos de los Aliados en Argentina. Ellos tampoco estuvieron quietos (y se movieron contra los alemanes con una ventaja inmensa: podían descifrar las comunicaciones del enemigo. Los códigos Enigma ya estaban rotos cuando los militares argentinos pronazis tomaron el poder en 1943).

Xavier Alcalá

Introducción

Los nazis y la Argentina. Los nazis en la Argentina. Fuga de criminales de guerra, oro robado a judíos o Estados ocupados, relaciones con gobernantes, científicos, submarinos, etc. Diferentes capítulos de una historia que se ha contado por partes, fragmentada, incompleta. Muchas veces transitando sobre la fina línea que divide la realidad de la fantasía; esquiva, borrosa, una frontera muchas veces invisible o demasiado tenue.

Resulta indudable que no se ha narrado aún la totalidad de la trepidante historia escrita por los nazis en Argentina; menos todavía se ha documentado completamente su crónica sudamericana. Uno de aquellos escabrosos capítulos parece ser eludido sosegadamente, una y otra vez, por los historiadores. Apenas algunas luces en la oscuridad, destellos en la penumbra, han sido la excepción a la regla. El espionaje nazi en la Argentina, durante la Segunda Guerra Mundial, parece haber sido un asunto demasiado complejo de abordar desde el comienzo.

Hasta la década de los noventa apenas se podía recurrir a los viejos interrogatorios realizados por potencias extranjeras. Especialmente, la inteligencia de los Estados Unidos sometió a largas sesiones a los espías alemanes expulsados de Argentina entre 1944 y 1947. Un material muy importante, pero atestado de puntos oscuros, lagunas difíciles de llenar y agentes extraviados. El profesor Ronald Newton, Leslie Rout y John Bretzel incluyeron gran parte de la información desclasificada por los archivos norteamericanos en diferentes trabajos de enorme importancia,

publicados hace ya casi treinta años. Perseguían objetivos diferentes a los de la presente investigación. No buscaban desentrañar la enrevesada historia del espionaje alemán en Argentina, sino que estudiaron seriamente, entre otras cuestiones, la amenaza nazi-fascista en el mismo país o la historia de los servicios secretos, pero en toda América Latina. Tocaron parcialmente a las organizaciones de espionaje nazis en el país sudamericano, pero dentro del marco de otras importantes investigaciones. Apenas algunas páginas sobre el intrincado asunto en Argentina.

Acaso se tornaba imposible narrar la historia completa del espionaje nazi en las Pampas Húmedas sin contar con las declaraciones del magistral Siegfried Becker, el espía alemán más sagaz, entrenado e importante que actuó en Occidente. Los norteamericanos jamás pudieron ponerle sus manos encima y es por ello que su testimonio, clave para el presente trabajo, no puede contarse entre las numerosas compilaciones de declaraciones existentes en el país del norte.

En la década de los noventa la historia pudo haber dado un giro importante. El periodista y escritor nacido en Washington, pero de ascendencia argentina, Uki Goñi, hizo un hallazgo de enorme importancia para la historia del espionaje alemán en Argentina durante la Segunda Guerra Mundial. En una vieja estantería del Archivo General del Poder Judicial de la Nación sudamericana, el joven escritor halló varias carpetas olvidadas desde finales de la década de los cuarenta. *Segundo Sumario de Espionaje Alemán* podía leerse en grandes letras sobre las amarillentas, ajadas y desgastadas carátulas.

Años después, antes del final de esa década, mientras la CEANA (Comisión para el Esclarecimiento de las Actividades del Nazismo en la Argentina) ignoraba una vez más el asunto del espionaje nazi en Argentina, Goñi publicó *Perón y los alemanes.* Una investigación magistral sobre las verdaderas relaciones que existieron entre el expresidente y los germanos, antes, durante y después de la Segunda Guerra Mundial. El puntapié inicial para la presente investigación. La utilización del *Segundo Sumario de Espionaje Alemán* permitió a Goñi entregar algunos detalles inéditos sobre la estructura y las relaciones de las redes de espionaje dependientes del Tercer Reich, sin embargo, siempre circunscripto al objetivo perseguido por su pesquisa: las relaciones de los alemanes con Perón.

La historia de cómo este extenso dosier, la base del presente trabajo, escapó a la purga desatada después de la asunción de la presidencia por parte de Juan Perón en el año 1946, es de por sí un asunto revelador. Si bien los intersticios políticos e intrigas en el seno del poder de turno resultaron ineludibles de abordar, los nueve cuerpos del enorme archivo

hallado por el investigador estadounidense no sólo eran capaces de revelar las relaciones de aquellos intrépidos espías con los gobernantes argentinos. También atesoraban secretos, detalles, direcciones, nombres, fotografías, desembarcos, poder, dinero, corrupción, pruebas irrefutables y la historia completa del espionaje nazi en Argentina. Una enorme cantidad de información que tomó más de dos años en ser procesada por el autor de la presente obra. Todo lo que no pudo ser revelado por las declaraciones existentes en los Estados Unidos se hallaba aquí mismo, sobre un viejo estante, en un polvoriento sótano de la capital Argentina.

Relatos de primera mano aportados por nonagenarios protagonistas terminaron de ensamblar una historia tan apasionante y llena de suspenso, como otras veces triste y olvidada.

«Los nazis no tenían nada que espiar en Argentina», suele escucharse de quien repara en la falta de información y trabajos relacionados a este esquivo asunto. Nada más alejado de la realidad. Pero ¿qué debían espiar los nazis y hasta dónde llegaron con sus actividades? ¿Cuáles eran realmente sus objetivos y los recursos para cumplirlos? ¿Cuántos agentes operaban en el país? ¿Pueden ser nombrados uno a uno? Preguntas que serán respondidas, de manera contundente y documentada, durante el transcurso de las siguientes páginas.

El capítulo que abre la presente obra es el único que no presenta como tema central al espionaje germano. Es una mirada retrospectiva sobre la importancia estratégica que Argentina pudo tener para los alemanes desde tiempos muy remotos. El lector podrá retrotraerse a los años anteriores al surgimiento del nazismo en Alemania hasta llegar, finalmente, al germen depositado en Buenos Aires por aquellos entusiastas marinos hamburgueses. Aquellos mismos navegantes que trajeron al Río de la Plata las ideas y doctrinas hitleristas. Un germen que prosperó, es cierto, pero siempre circunscrito a la comunidad germana como el gran objetivo por conquistar. Una afirmación que hoy en día cuesta aceptar en Argentina, lugar donde se suelen escuchar insistentes leyendas sobre un enorme poderío del partido nazi... Poderío que en realidad nunca se alcanzó más allá de la sociedad germano-criolla radicada en la nación sudamericana.

El lector podrá comprobar que los grupos de espionaje alemanes en Argentina, durante la Segunda Guerra Mundial, transitaron por dos etapas muy diferentes. Durante los primeros años, hasta 1942, el liderazgo fue ejercido por el agregado militar de la Embajada alemana, Dietrich Niebuhr. Por lo tanto, existió una clara supremacía del Abwehr (inteligencia militar del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas alemanas) sobre otras organizaciones de espionaje germano que operaban fuera del Reich. Aquel

primer período, signado por la falta de verdaderos agentes profesionales, fue el menos efectivo desde el punto de vista de la recolección y el envío de información hacia Alemania. Los principales éxitos en aquellos tempraneros años estuvieron determinados por la *Speeaktion*, la fuga de oficiales internados pertenecientes a la tripulación del acorazado *Graf Spee* y por el montaje de un sistema de contrabando eficiente de personas y materiales de gran valor, mediante la utilización de vapores españoles.

Llegado este punto, el autor develará una cadena de contactos que llevaron al agente austríaco Eugenio Langer, uno de los grandes organizadores del mencionado contrabando, hasta los pasillos de la Casa Rosada. Un hecho revelador, el cual nos muestra la realidad sobre las relaciones germano-argentinas en tiempo de la guerra europea. Resulta sumamente trascendente y novedoso el hecho de poder ubicar agentes secretos alemanes «acordando» con un Gobierno argentino de origen democrático y muy anterior a la aparición de Juan Perón en la gran escena. Comúnmente, la creencia popular indica que los nazis se instalaron cómodamente en Argentina bajo el ala protectora del mencionado expresidente. Sin embargo, se demostrará fehacientemente, a la luz de nuevos documentos revelados, que los agentes germanos llegaron mucho antes al despacho presidencial.

La segunda etapa en la crónica de los grupos de espionaje, desde mediados de 1942 hasta el final de la guerra, fue el período de mayor eficiencia, y sobre todo profesionalismo, para los espías nazis en Argentina. Ese año se produjo un hecho trascendente: el epicentro de la inteligencia alemana debió cambiar forzosamente de capital debido a la entrada de Brasil en la guerra. Las redes secretas con base en Río de Janeiro fueron desbaratadas y pocos agentes pudieron escapar con rumbo hacia el sur.

Dos profesionales brillantes llegaron a Buenos Aires para liderar la segunda etapa. Uno de ellos era Wolf Franczok, brillante ingeniero de las SS, a cargo de la creación de la red de radiotelegrafía clandestina más importante fuera de Alemania al servicio del espionaje del Tercer Reich. Su tarea era meramente técnica: tenía la responsabilidad de enviar, a través de sus estaciones, los mensajes cifrados que los grupos de recolección le entregaban.

Johannes Siegfried Becker, «Sargo», capitán de las SS, retornó a Argentina también por aquella época. Había actuado en Brasil y luego de un efímero retorno a Alemania se estableció en la capital rioplatense para liderar la Red Bolívar, nombre que recibió la sumatoria de todos los grupos de espionaje alemán allí establecidos. Su autoridad era continental.

Desde ese momento se hizo evidente la nueva supremacía del SD (Sicherheitsdienst o Servicio de Seguridad, organización de inteligencia



Archivo de la Honorable Cámara de Diputados.

de las SS), dependiente de la RSHA (Reichssicherheitshauptamt u Oficina Central de Seguridad del Reich). Un hombre supo apreciar muy claramente los nuevos vientos que soplaban desde Alemania. Ante tal giro de los acontecimientos, Hans Harnisch, el agente más importante del Abwehr en Buenos Aires para aquellos momentos, un nombre que se repetirá asiduamente con el correr de las páginas, supo migrar hábilmente hacia la organización de Heinrich Himmler.

Las estaciones clandestinas de la Orga-T, la red de radiotelegrafía dependiente de Wolf Franczok, nos harán recorrer la extensa geografía argentina. Recónditas estancias, páramos desolados, islas misteriosas, caminos intransitables, cajas enterradas o desembarcos de drogas y divisas falsas. Nada pudo escapar a la perseverancia y dedicación de largos años de investigación. La historia completa, desbordante de información nunca antes revelada, acerca de los servicios de espionaje nazis en Argentina, finalmente quedará documentada hasta el mínimo detalle.

Julio B. Mutti
Buenos Aires
Septiembre de 2014

Capítulo I
Los primeros *Reichsdeutsches* y los primeros nazis en el Río de la Plata

Mucho tiempo antes de que, a comienzos del siglo xx, el joven alemán Theodor Plievier abandonara su hogar materno para vagabundear por las lejanas y desconocidas Pampas Húmedas, los huesos de los primeros germanohablantes llegados al Río de la Plata llevaban ya largas décadas descansando bajo la fértil tierra prometida del sur. No pocos de ellos abatidos en guerras civiles, incluso durante las célebres batallas por la independencia argentina. Plievier relató sus aventuras en un libro intitulado *Das Grosse Abenteuer* publicado en su patria durante la década de los treinta. Según algunos historiadores, se trató de una publicación popular entre la inmigración alemana que elegía la Argentina como destino.

Aquellos primeros alemanes, llegados a manera de mercenarios producidos por la «mano de obra» ociosa de guerras napoleónicas anteriores, vertieron su sangre teutona en una joven y prometedora tierra, desbordante de materias primas y recursos naturales.

Una vez establecida la joven nación sudamericana, una lenta pero firme corriente inmigratoria germana se desencadenó en dirección al sur. Hasta bien entrado el siglo xx, dicho flujo de alemanes acogidos por la República Argentina, no se diferenció mucho de las vertientes humanas que se dirigían hacia otros países receptivos. Los Estados Unidos, Brasil, Canadá o Australia, por ejemplo. Los inmigrantes agrícolas pronto fueron entrando en la cuenta de que no se trataba de un vasto territorio virgen, totalmente desocupado y de posibilidades ilimitadas. Alguien lo había colonizado antes que ellos y

a través de los métodos capitalistas más extremos, explotadores y orientados totalmente hacia a la exportación.

Como todos sabemos, los británicos no pudieron conquistar por la fuerza Buenos Aires durante sus frustradas incursiones de principios del siglo xix. Por lo tanto, decidieron que era muchos más provechoso y rentable conquistar Argentina y sus infinitos recursos mediante el capital y las inversiones. Un modelo «anglodependiente» que se mantendría casi inamovible hasta el comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Gran cantidad de inmigrantes agrícolas alemanes, ilusionados con establecer sus propios emprendimientos, fracasaron debido a aquel esquema económico. Muchos otros, en cambio, lograron abrirse paso a través de pequeñas explotaciones agropecuarias no destinadas a exportaciones, sino a abastecer a los criollos y a la creciente comunidad inmigratoria.

El mayor flujo de inmigración alemana hacia Argentina, sin lugar a dudas, se produjo una vez finalizada la Primera Guerra Mundial, tal como lo menciona Ronald Newton en su extraordinaria obra *El cuarto lado del triángulo.* Para 1914, año del inicio de la gran contienda, un total de cien mil germanos residían en el país sudamericano, siendo once mil de ellos ciudadanos del Reich. Una vez firmado el armisticio y restablecidas las líneas transatlánticas, el puerto de Buenos Aires se vio inundado de alemanes, a tal punto, que en la década siguiente los germanos representaron la tercera lengua inmigrante detrás de españoles e italianos; pueblos tradicionalmente formadores de la base de la sociedad actual argentina.

La preferencia alemana por la pujante nación sudamericana durante aquel período tuvo que ver con la renuencia de los viejos enemigos del Reich a aceptar a sus ciudadanos dentro de sus fronteras. Y, por supuesto, al recíproco rechazo de los alemanes a emigrar hacia los países que habían humillado en la derrota al otrora poderoso imperio guillermiano. Incluso, una gran masa de germanoparlantes se desplazó desde Brasil y los Estados Unidos hacia el Río de la Plata. Decepcionados en alguna medida por algunas de las condiciones descriptas, una parte importante de aquellos entusiastas viajeros volverían a emigrar de la Argentina en busca de mejores horizontes. Las condiciones no eran tan extraordinarias como algunos intereses les habían prometido inicialmente. De los años de guerra quedaban capacidades ociosas y el omnipresente predominio británico en la orientación de la economía criolla.

Los años de la conflagración mundial habían impedido a las grandes empresas alemanas transferir fondos hacia Europa. Debido a ello, habían invertido y crecido exponencialmente compañías como Staudt, Siemens, Banco Germánico, Lahusen, Bunge, Mallman, Torquinst, Banco Transatlántico y otras tantas. Gracias a su prosperidad, estas empresas absorbieron gran parte de la mano de obra ingresante.

Se puede afirmar, entonces, que entre los inmigrantes que permanecieron y sus descendientes, se conformó una comunidad estable germanoparlante de unos doscientos cincuenta mil individuos; con un próspero empresariado, técnicos muy calificados y académicos, pero también con una enorme presencia agrícola ganadera distribuida a lo largo de todo el extenso mapa de la república.

Aquel numeroso grupo de inmigrantes llegado tras finalizar la Gran Guerra conformó el núcleo de la sociedad germano-argentina. De esa manera, el terreno fértil que encontró el nazismo en la Alemania posterior al régimen del káiser Guillermo, no fue muy diferente al que hallaría años después cuando decidiera expandir sus ideas en la Argentina, entre otras naciones; siempre con la comunidad germanoparlante como único objetivo expansionista. Basta con citar brevemente la descripción del perfil del emigrante teutón según el profesor Ronald Newton en la década de los noventa para darse una idea de lo anteriormente mencionado: «Exsoldados, exvoluntarios de Freikorps, funcionarios de la monarquía que no podían reconciliarse con Weimar; comerciantes entrenados, empleados administrativos y tenderos arruinados por la inflación de 1922-1923; estudiantes sin perspectivas, ciudadanos expulsados de enclaves en el este...». No obstante, la aristocracia germano-argentina sería un hueso un tanto más duro de roer para los nacionalistas extremos que pronto amarrarían en Buenos Aires.

Los años de ebullición de la política alemana de inicios de la década del veinte tuvieron su repercusión a menor escala dentro de la comunidad residente en Argentina. Ya desde el año 1918 se desarrollaron las tumultuosas asambleas populares (*Volksversammlungen*) en el club socialista alemán Vorwärts y en tabernas al estilo bávaro, donde los principales referentes de la comunidad encontraron su ámbito de expresión. Tanto en Alemania como en ultramar, los alemanes se volcaban rápidamente en la política y los extremos pronto destacarían.

Antes de sumergirnos en los agitados comienzos del partido nazi en Buenos Aires, es preciso mencionar que los primeros contactos oficiales de militares argentinos con elementos del Ejército regular alemán, de reminiscencias nacionalistas, data de mucho antes de que los hitleristas tuvieran algún tipo de influencia más allá de una taberna muniquesa maloliente.

Entre el año 1900 y 1936 se suscitaron, en diferentes etapas, una serie de misiones militares alemanas en el país sudamericano. Un sistema de rotación de unos quince oficiales especializados, destinados a asesorar y adiestrar al Ejército argentino, el cual poco a poco fue tomando un corte netamente prusiano, incluso en sus uniformes. Luego de un impase producido por la Gran Guerra, los entrenadores germanos volverían al ruedo en Argentina durante 1920, al comienzo de manera encubierta y luego abiertamente.

La segunda camada de oficiales, excombatientes de la Primera Guerra Mundial, fue liderada por un general de corte rabiosamente nacionalista, Wilhelm Faupel, quien más de diez años después sería embajador de la Alemania nazi nada menos que en España ante Franco y director del Instituto Iberoamericano de Berlín.

Aquel tempranero fascista dirigió los cuadros militares alemanes en la capital argentina hasta 1926, año en que fue reemplazado por Johannes Kretzschmar, más simpático y menos radical que su antecesor. Los contactos necesarios para el segundo desembarco de Faupel en Sudamérica (había servido en Argentina antes de 1914) fueron facilitados por el exagregado naval de la Armada Imperial alemana durante la época de la guerra, August Möller, un *Kaisertreuen* (leal al káiser) que se quedó a vivir en la nación austral luego del armisticio, aprovechando las relaciones establecidas durante el desarrollo de sus intrigas en el período bélico.

Möller fue uno de los referentes de la derecha germano-argentina durante la época de entreguerras, un momento previo a la aparición de los primeros nazis en Buenos Aires. Aquel exmarino participó en intrigas tendentes a consolidar las ideologías nacionalistas y antirepublicanas, a hostigar a funcionarios de Weimar y a intentar boicotear el periódico prorrepublicano alemán *Argentinisches Tageblatt,* entre otras cuestiones concernientes a la comunidad teutona. Otro pasatiempo de Möller fue buscar refugio en Argentina para forajidos de los Freikorps, fuerzas paramilitares revolucionarias de derechas que se formaban en Alemania a base de soldados desempleados ávidos de sangre comunista. Así como este personaje introducía elementos derechistas en Argentina, como contrapartida, trabajaba asiduamente en la obstaculización del ingreso de agentes izquierdistas a dicha nación. Se valía para ello de sus contactos en la Dirección de Inmigración, logrados a través de su director, afín a los ideales de Möller, Juan P. Ramos.

Para la década de los veinte el exagregado naval se hallaba estrechamente vinculado a las incipientes organizaciones de derecha alemanas de Buenos Aires, entre ellas el Stahlhelm, el Tannenberbund, círculos de veteranos de guerra, organizaciones promonárquicas y grupos de prensa nacionalistas, muchas de las cuales abrirían el paso, a principios de los treinta, para la llegada de los primeros nazis a la Argentina.

Las enormes y costosas campañas electoras que debieron afrontar los nacionalsocialistas en Alemania, durante la segunda mitad de la década de los veinte y comienzo de los treinta, hicieron que sus líderes pronto se fijaran en los *Reichsdeutsches* y *Volksdeutsches*, los hijos de alemanes residentes en el extranjero. Buscaban expandir sus ideas, pero también una fuente adicional de financiamiento. Para aquella época hacía tiempo que Adolf Hitler había decidido conquistar el poder a través de medios democráticos, al menos los

utilizados a mediados de los veinte; lejos en el tiempo habían quedado los años de lucha armada, los cuales desembocaron en el intento de golpe de 1923. Las elecciones de 1930 habían representado el resurgir del nazismo. Había pasado del 2,6 % de los votos en 1928, a captar un 18,3 % del electorado. Los datos completos pueden consultarse en *Hitler al asalto del poder,* de Raymond Cartier.

El ala de izquierda del NSDAP (Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores), liderada por el diputado del Reichstag Gregor Strasser, fue la primera en intentar organizarse de manera tal para poder captar nuevos seguidores del nazismo en ultramar. Bajo el auspicio de Strasser, un nazi radicado en Hamburgo, de nombre Bruno Fricke, fue el precursor en montar una improvisada oficina que tenía como objetivo organizar a los alemanes residentes en el extranjero bajo la doctrina hitlerista. Este grupo extraño pero poderoso de nazis anticapitalistas y cercano a las ideas socialistas de izquierda reclutó en 1931 a una gran cantidad de marinos germanos con el objetivo de esparcir la semilla del nacionalsocialismo hacia todos aquellos puertos donde sus naves amarraran. A mediados de ese mismo año los primeros barcos de las líneas Hapag-Lloyd y Hamburg-Süd, cargados de ideales fascistas, arribaron al puerto de Buenos Aires. Fricke conocía bien Sudamérica, ya que había vivido un tiempo en Paraguay, donde en 1928 había reunido el primer grupo de nazis organizados que se conozca en dicho continente. Sin embargo, sus excesos hacia la izquierda hicieron que Strasser lo reemplazara por el doctor Hans Nieland, quien a su vez bautizó la oficina como la Auslandsabteilung der Reichsleitung del NSDAP (Departamento Exterior de la Dirección del Partido Nacionalsocialista).

La mencionada ala pro izquierdista del partido cayó en desgracia a finales de 1932. Su máximo exponente, Gregor Strasser, uno de los pocos dirigentes nazis que podía algún día hacer sombra a Hitler, renunció a todos sus cargos y quedó apartado completamente del ascendente movimiento. Aquella misma sección socialista revolucionaria y antielitista del NSDAP, a la cual perteneció el mismísimo Joseph Goebbels, había sido sofocada para siempre. Nieland siguió a su jefe y la oficina de ultramar quedó nuevamente vacante. Para 1933, luego de la llegada de Hitler a la Cancillería alemana, la idea de la división extranjera del partido fue retomada. Un incondicional de Hitler fue puesto a cargo de esta, su nombre era Ernst Bohle. Desde ese momento y en adelante, la Auslandsorganisation (AO) sería la encargada de aglutinar a todos los nazis en el extranjero y, a partir de la reorganización de la política exterior bajo la visión cosmopolita del nacionalsocialismo, a todos los súbditos del Reich.

En la Buenos Aires de comienzos de los años treinta, aquellos primeros marineros nazis llegados con la misión de adoctrinar a sus connacionales

se valieron inicialmente de algunas publicaciones locales nacionalistas. No tardaron en colocar anuncios en lengua alemana para convocar a bordo de sus propias naves a los miembros de la comunidad germana que quisieran conocer, de boca de los propios hitleristas, las «bondades» de su sistema político, económico y social. Por supuesto no faltaron a la cita los panfletos, los discursos antisemitas, las críticas al Gobierno de Weimar y las reivindicaciones anti-Versalles. No hubo inicialmente un gran entusiasmo entre los germano-argentinos de Buenos Aires, el DNVP seguía siendo el partido nacionalista preferido por los alemanes en Argentina y, hasta que Hitler lo disolviera unos años después, no habría grandes cambios al respecto.

De todas maneras, un buen grupo de alemanes residentes se interesó por la doctrina nazi y pronto comenzaron a organizarse de manera independiente a los marinos que transportaban el germen desde Europa.

Bastante tiempo antes de que Alemania reconociera formalmente la existencia de células organizadas del NSDAP en el país, un grupo de fanáticos desorganizados colocó un aviso en el diario nacionalista de habla germana *Deutsche La Plata Zeitung;* invitaban a su comunidad a una reunión fundacional de lo que ellos denominaron una «asociación nacionalsocialista». El anuncio, aparecido el 17 de febrero de 1931, era firmado por seis entusiastas partidarios de Hitler radicados en Argentina, los cuales pueden ser tildados como los primeros nazis de la nación sudamericana. Ellos, según nota publicada en el periódico *Deutsche La Plata Zeitung* del mismo día eran los señores Seydt, Gerndt, Lederle, Schriefer, Horstensmeyer y Mosig.

Para el 7 de abril de ese mismo año el Landesgruppe Argentinien (Grupo de Campo Argentino) fue fundado con apenas cincuenta y nueve miembros. Eran liderados por Rudolf Seydt, un exaltado excapitán, andrajoso vendedor y adepto a contraer deudas. El reconocimiento oficial desde Alemania llegó recién el 31 de agosto del mismo año, siendo el grupo argentino el cuarto en ser incorporado al movimiento fuera del país originario del nazismo, luego de Paraguay, Suiza y los Estados Unidos. Para ese momento, hacía ya unos meses que la esvástica había ondeado por primera vez entre la húmeda brisa de Buenos Aires. En mayo de 1931, Seydt había conducido a un grupo de revoltosos nazis a la ceremonia anual en memoria de los caídos en el Cementerio Alemán. Un mes después, bajo el lema de «Deutschland Erwache» (Alemania despierta), tuvieron su primer mitin en solitario en la Deutsches Vereinshaus, algo así como un *club house* alemán, sito en la calle Moreno, 1059, del centro porteño.

Aquellas actividades iniciales de los nazis en Argentina estaban lejos de preocupar o alarmar al gobierno local o a los criollos. A decir verdad, las manifestaciones nacionalistas no eran cosa extraña en aquella Buenos Aires. Tal vez por afinidad ideológica, el Gobierno del presidente Uriburu era más



Landesgruppe Argentinien. Archivo de la Honorable Cámara de Diputados.

adepto a combatir a la izquierda y, de esa manera, dejar mano libre a los grupos de derecha. Carlota Jackisch recoge sus palabras en *El nazismo y los refugiados alemanes:* «El embajador argentino en Alemania, Laboulage, diría algunos años más tarde al secretario de Estado alemán V. Weizsäcker, que las actividades de los grupos nazis se habían podido desarrollar desde el comienzo sin problemas porque en la Argentina es un país donde, en general, cada uno hace lo que quiere».

Si bien los primeros nazis no causaron revuelo entre los argentinos, los conflictos dentro de la comunidad germana residente se dieron casi desde el comienzo. Sus repercusiones llegaron hasta las más altas esferas de la legación oficial alemana. El primer altercado a gran escala estuvo dado por el uso por parte del grupo de Seydt de la mencionada Deutsches Vereinshaus. Un lugar de encuentro para la comunidad germanoparlante, el cual en realidad era propiedad del DVA, Deutsches Volksbund für Argentinien, algo así como una liga del pueblo alemán en Argentina. El director del diario republicano *Argentinisches Tageblatt* de nombre Ernst Alemann (argentino-alemán), representante de la comunidad alemana que respaldaba la República de Weimar, se mofó a través de su publicación de las ideas y los discursos nazis. Un ofendido Seydt se quejó amargamente de las críticas y, para asombro de propios y extraños, retó a duelo a Alemann. La principal preocupación de los republicanos era que los radicales nacionalistas de Seydt estuvieran utilizando una propiedad que en realidad era subsidiada desde Alemania por el mismo Gobierno del canciller Brüning, a quien lo nazis argentinos atacaban sin piedad y difamaban sin prejuicios. La disputa llegó hasta la oficina del encargado de negocios de la misión alemana en Buenos Aires, Friedrich von Keller, quien estuvo en Buenos Aires desde 1928 hasta 1933 sin rango de embajador. El diplomático debió poner paños fríos a la disputa. De

todas maneras, la comunidad alemana de Argentina, así como Alemania en general, se dirigía inexorablemente a la derecha. Los republicanos se vieron frustrados cuando el presidente del DVA, Martin Arndt, respaldó a los nazis y amenazó con renunciar si Keller no permitía que los nacionalistas utilizaran la Vereinshaus.[1]

Los meses previos a la toma de poder por parte del NSDAP en Alemania fueron confusos y casi no han sobrevivido registros de las actividades del Landesgruppe Argentinien. Sí sabemos a ciencia cierta que Seydt fue reemplazado en 1932 por Eckardt Neumann y, a su vez, este fue sustituido antes del fin de ese año por uno de los fundadores del grupo, Rudolf Gerndt, quien era editor del periódico *Deutsche La Plata Zeitung*. El movimiento apenas contaba con algo más de trescientos miembros para ese entonces.

Con la llegada de los nazis al poder en 1933 y la creación de las Auslandsorganisation de Bohle, el tumultuoso Landesgruppe de Argentina no causó la menor impresión en Berlín; al menos en comparación con la organización chilena a cargo de Willy Köhn. Bohle pidió a Köhn que se involucrara en la reestructuración del grupo argentino, con lo cual, a instancias de este último, se nombró al farmacéutico Gottfried Brandt como sustituto de Gerndt, quien se mantuvo como líder local hasta 1935 cuando sería reemplazado por Fritz Kusters.

Antes de continuar con el relato sobre el período de tiempo del florecimiento del nazismo en Argentina y el establecimiento de la estructura que daría cobijo a una de sus organizaciones de espionaje más grandes fuera de Alemania, es preciso establecer, ya desde un comienzo, un punto de vista claro, y a mi entender inequívoco y comprobado, sobre las reales intenciones alemanas con respecto al país sudamericano. Dicho punto de vista, en realidad va totalmente a contramano de la mitológica creencia popular local y, por qué no, de la del mundo entero.

Desde la misma creación del Auslandsorganisation de Bohle en 1933 se comenzaron a enviar instrucciones muy precisas sobre cómo los grupos nacionalsocialistas debían moverse dentro de las fronteras de los países que habitaban y cómo debía ser su actitud con respecto a los gobiernos locales y sus políticas. No cabe ningún tipo de duda sobre que el objetivo de los nazis en Argentina siempre estuvo ligado a su propia comunidad, la germanoparlante. En ningún momento existió plan alguno tendente a introducir doctrinas nacionalsocialistas en el sistema político argentino. Si el sistema criollo intentó replicar en algún momento alguna ideología nazi-fascista, no es un asunto que haya tenido que ver con una acción emprendida por los alemanes residentes. Aquella manera de proceder, la cual rigió las acciones de los nazis en Argentina desde el comienzo, siempre se mantuvo como una de las reglas fundamentales exigidas desde Berlín.

Sin embargo, resulta innegable el hecho de que los alemanes violaron claramente la soberanía argentina una y otra vez desde 1933. Ejemplos de ello son la introducción de sus doctrinas y costumbres en los colegios germanos, intromisión en asuntos comerciales de empresas radicadas en el país, montaje de una red de espionaje de tamaño considerable, así como la implementación de un sistema de comunicación radiotelegráfico clandestino, el contrabando de materiales y personas desde y hacia Europa y la violación de las aguas territoriales argentinas, entre otras cuestiones.

Todos estos hechos, que como en parte veremos más adelante repercutieron en asuntos internos argentinos, siempre persiguieron un objetivo relacionado en exclusiva con intereses directamente alemanes o tendentes a adoctrinar a la comunidad residente en Argentina. El punto de conflicto entre la Alemania nazi y la soberanía argentina, además de la jurisdicción, estuvo centrado fundamentalmente en que los germanos creían tener el derecho de adoctrinar, y de alguna manera dirigir, a sus súbditos radicados en otros países. Incluso a sus hijos nacidos en esos estados extranjeros. Una postura contraria al sistema de *Ius soli* adoptado tradicionalmente por Argentina.

Para el Estado sudamericano, los descendientes de los inmigrantes alemanes eran indudablemente argentinos; mientras que sus padres y la comunidad germana los educaban casi como cien por ciento alemanes. Aunque a la hora del proselitismo o de la propaganda nazi no se diferenciaba entre uno u otro, con el objetivo de evitarse inconvenientes, los nazis no dejaron que los *Volksdeutsches* (hijos de alemanes) se afiliaran al partido, dando un mensaje claro de exclusividad nativa.

Se cree que apenas unas cuarenta y cinco o cincuenta y cinco personas nacidas en Argentina, pero con doble nacionalidad, habían sido aceptadas por Bohle en la filial local. Las directrices emitidas desde Berlín eran muy claras desde un comienzo e incluso amenazaban con represalias sobre aquellos germanos que se inmiscuyeran en asuntos de incumbencia argentina. Bohle, según recoge Carlota Jackisch, era muy preciso en esta delicada cuestión: «Aquellos alemanes que se inmiscuyan en cuestiones que son sólo de incumbencia del país en que habitan serán castigados por el partido y el Reich. La nueva Alemania no está dispuesta a permitir que sus ciudadanos en el extranjero enturbien las relaciones del Reich con estados extranjeros. Esta línea directriz, que ya fue impartida por la AO en 1931, puede ser leída en el reverso del documento que posee todo miembro del partido que reside en el exterior».

En enero de 1933, el mismo mes en que Hitler llegó a la Cancillería del Reich, el presidente Hindenburg nombró en reemplazo de Keller a Heinrich Ritter von Kaufmann-Asser como líder de la legación alemana en Buenos Aires. Este diplomático experimentado estaba destinado al fracaso

de antemano por una sencilla razón: tenía ancestros judíos. Sólo permaneció en su puesto entre marzo y diciembre de ese año. Antes de cumplirse un mes de la llegada de Kaufmann, los nazis, apoyados por el Volksbund de Arndt, llenaron el mítico teatro Colón de la capital Argentina, y llevaron a cabo lo que sería la primera gran reunión nazi a favor de la nueva Alemania de Hitler en esa capital. Arndt se había volcado definitivamente al nazismo y fue uno de los principales oradores, sin embargo, sería expulsado del partido en 1934 por fomentar algunas doctrinas consideradas contrarias al movimiento.

Los desorganizados nazis del Landesgruppe pronto comenzaron a destacarse por protagonizar desmanes, pugilatos y refriegas en algunas ciudades argentinas. Por tal motivo, ya desde un comienzo, la elite empresaria germano-argentina se intentaría despegar de esta poco rentable propaganda; y con esa actitud esquiva y desconfiada hacia el nazismo se mantendría durante los largos años que precedieron a la guerra.

El *Argentinische Tageblatt* se encargaba de mantener informada a la comunidad alemana de los excesos de los nazis. En 1934 destacó una gran refriega en Bahía Blanca y en 1935 el caso de Hans Wilke, un empleado del Banco Germánico miembro del NSDAP, conmocionó a la sociedad al ser este detenido con bombas caseras destinadas a acabar con la vida del director del mencionado diario republicano.

Todas aquellas desprolijidades y bravuconadas desesperaron más a propios que a extraños. Pronto hubo novedades desde Alemania. Bohle nombró a Fritz Küsters líder del Landesgruppe y echó del partido a Brandt.

Otro asunto que enfrió mucho las relaciones entre la comunidad empresaria germano-argentina y los primeros nazis fue el vigoroso antisemitismo que los nacionalsocialistas quisieron importar desde las empresas originarias hacia sus grandes filiales en Argentina. No sólo chocaron contra un muro legal, ya que por supuesto en el país sudamericano el ser judío no era suficiente para disolver una sociedad, sino que también gran parte del empresariado germano omitió despedir a empleados de esa religión; en otros casos también se negó a emplear nazis poco útiles. A partir de 1936 los empresarios fueron cediendo poco a poco al hitlerismo, especialmente a la presión para despedir a sus empleados israelitas, destacando el dirigente nazi Heinrich Volberg como el encargado principal de presionar al empresariado alemán de la Argentina. Uno de los casos emblemáticos fue el del director judío del Banco Transatlántico, Leopoldo Lewin.

El 10 de diciembre de 1933 había llegado a la Argentina a bordo del *Cap Arcona* el reemplazo de Kaufmann. En este caso los nazis habían elegido muy bien su hombre. El barón Edmund von Thermann y su esposa Vilma eran la excepción del cuerpo diplomático de carrera alemán, ámbito en el cual se desarrolló una de las mayores resistencias al régimen de Hitler, desde

el comienzo hasta el final de su gobierno. El hábil y oportunista Thermann se había afiliado al partido apenas los nazis llegaron al poder. Sus nada desdeñables contactos en las SS le valieron además un cargo honorífico en dicha organización. El excónsul general de Danzig durante los anteriores ocho años despertó un enorme entusiasmo entre los nazis locales, quienes aquel día recibieron al nuevo representante oficial ataviado con su uniforme de las SS, entonando la *Horst Wessels Lied* a los cuatro vientos.

Aquel éxtasis inicial pronto se fue apagando con el correr de los meses. Thermann pronto se dio cuenta de que el carácter revoltoso y desprolijo del movimiento contrariaba los intereses de su legación, y que era mucho más redituable cultivar las amistades de los grandes empresarios y las «elites» de la sociedad alemana radicadas en el Río de la Plata. Esta última, siempre fría y desconfiada de los círculos radicales del NSDAP.

Por su parte el Landesgruppe argentino encontró en el diplomático, devenido en SS-Mann, un dirigente elitista, procapitalista y falto de la actitud revolucionaria del partido. Aquella disputa se iría incrementando con el paso de los años; algo que inicialmente fue inofensivo para el diplomático, llegó a perjudicarlo años más tarde ya retornado a Alemania.

Si bien Thermann gozó de una autonomía considerable, y puede decirse que resultó exitoso en materia comercial y en la organización de entidades alemanas, las responsabilidades y ejecución de la actividad más exitosa de los nazis en Argentina, las redes de espionaje, recayó sobre otros personajes sobre los cuales hablaremos a su debido tiempo.

Con sus espaldas protegidas por sus amigos de la alta sociedad y el empresariado germano residente en Argentina, Thermann fue ascendido en 1936 al rango de embajador y su oficina al de embajada, por supuesto. Había logrado explotar la orientación de la economía argentina hacia el bilateralismo, decretando en 1934 un extenso acuerdo de intercambio comercial compensado. La nación sudamericana iría lenta pero firmemente incrementando su participación en las compras alemanas, por la que obtuvo un saldo comercial superavitario a cambio.

Al parecer el líder chileno del NSDAP (luego jefe sudamericano) no era muy adepto a los negocios claros. La resistencia de los nazis argentinos terminó por fin de desbancar al hombre que aquel había nombrado al frente del Landesgruppe local. El reemplazante de Küsters en Buenos Aires fue Alfred Müller, un inmigrante vendedor de hojalata que dedicaba gran parte de su tiempo a editar el periódico partidario *Der Trommler* (algo así como el tamborilero), el cual seguiría apareciendo hasta 1945. Nada cambió en el movimiento local, el cual siguió demostrando poca organización, escasa capacidad y lento crecimiento. Thermann siguió siendo visto como un rival para el Landesgruppe y fue Müller quien lo denunció ante sus superiores

durante una visita que realizó a Alemania en 1940. Un viaje del que nunca regresó.

Gottfried Sandstede, un empleado de la Oficina de Ferrocarriles Alemanes, la cual funcionaba dentro de la empresa naviera Delfino, fue designado por un breve tiempo en 1941 para reemplazar a Müller. Pero en realidad este hombre era un precoz agente del SD (Sicherheitsdienst o Servicio de Inteligencia de las SS; también mencionado como agente de la Gestapo) de quien ya nos ocuparemos más adelante, por lo tanto tenía asuntos más lucrativos de que ocuparse. Fue entonces reemplazado por Wilhelm Wieland en 1942 hasta la disolución total del movimiento producido el año siguiente.

El NSDAP local había sido ya prohibido en argentina en 1939 después de que las miles de esvásticas ondeantes y los choques con grupos de izquierdas registrados en el acto masivo del Luna Park impactaran a la opinión pública criolla un año antes. De todas maneras, la organización siguió operando, pero bajo la denominación de «Círculo de Cultura y Beneficencia Teutonia». Aquel lejano mitin dirigido exclusivamente a la comunidad germanoparlante realizado en un estadio tradicional de la ciudad de Buenos Aires el 10 de abril de 1938, despierta aún hoy entre los argentinos, sensaciones tan fuertes como, en algunos casos, sumamente equivocadas. En cada aniversario de aquella reunión llenan las páginas de algunos periódicos viejas fotografías de esvásticas y banderas argentinas bajo lemas en alemán. El Luna Park atestado de quince mil almas genera una imagen que termina de conformar una escena que es casi siempre mal interpretada.

El Landesgruppe Argentinien, es decir, el órgano político del partido nazi en el país, nunca superó los dos mil ciento diez miembros. Es decir, algo más del diez por cien de la concurrencia registrada aquel día. En el Luna Park se dio una convocatoria en la que participaron casi todas las organizaciones de alemanes en argentina. La esvástica era la bandera oficial del Reich, y si bien por supuesto el adoctrinamiento nacionalsocialista era siempre parte de los discursos y el montaje, la regla de dirigirse exclusivamente a la comunidad alemana no fue transgredida. Dicha comunidad celebraba, aquel 10 de abril, la anexión de Austria al naciente imperio de Hitler, un asunto de exclusiva incumbencia alemana. No eran quince mil argentinos los que concurrieron a la cita, tal como se ha afirmado recientemente, sino que los individuos naturales de esa nacionalidad eran una notoria minoría. Según el punto de vista alemán, y de los hijos de alemanes, casi no había argentinos dentro del estadio. Incluso se ha llegado a afirmar recientemente que setenta mil criollos estaban afiliados al partido al momento de llevarse a cabo el acto citado. Un verdadero disparate, teniendo en cuenta que los hijos de germanos no eran argentinos para la tradición alemana y que, además, su número era escandalosamente inferior.[2]



Alfred Müller en el estrado dando un discurso en La Plata en 1939. *Deutsche La Plata Zeitung.*

Para ser exactos, para el año 1937 Brasil registraba una mayor cantidad de afiliados al partido, así como una mayor participación con respecto a la cantidad total de alemanes residentes. Los directamente afiliados al partido eran los nazis más activos, mientras que los *Opferrings,* o simpatizantes, podían triplicar ese número.

Para cuando la guerra llegó a Europa, o al menos cuando comenzó a vislumbrase en el horizonte la posibilidad de un conflicto en pocos años, no sólo parte de la comunidad empresaria alemana comenzó a ver las cosas de manera más patriótica, sino que los *Opferrings* se expandieron por toda la geografía local.

Los verdaderos excesos nazis en Argentina no tuvieron que ver con la política o con su partido. Sí, por ejemplo, tuvieron relación con un tema tan complejo que vamos a evitar meternos de lleno en él por no tratarse del objetivo del presente trabajo. La penetración nazi en el sistema escolar argentino fue un hecho palpable y real. Despertó con toda razón en 1937 las primeras señales de alarma contra el nazismo en el Gobierno argentino. Si bien los alemanes creían estar actuando en el adoctrinamiento exclusivo de su comunidad dirigiéndose a colegios de instrucción germana, vale la pena destacar que los programas educativos fueron y son de exclusiva incumbencia del Estado argentino. No obstante, los nazis, no tuvieron reparo alguno en alentar a los establecimientos alemanes a utilizar canciones patrias, emblemas y todo tipo de costumbres educativas vigentes en el Reich.

Para cuando los nazis germano-argentinos, esa sería la denominación correcta, llenaron el Luna Park en 1938, casi todos los *Reichsdeutsches* y *Volksdeutsches* de clase trabajadora y media habían dado ya su aceptación al Führer alemán. Ya no quedaba casi ninguna de las múltiples y heterogéneas asociaciones culturales, sociales y comerciales alemanas sin ser penetrada por



Ein Volk, ein Reich, ein Führer, Luna Park, Buenos Aires, 10 de abril de 1938. Archivo de la Honorable Cámara de Diputados.

los hitleristas locales. Los nazis habían ganado el favor de su comunidad en Argentina y no se lo debían a su desorganizado partido local, tal como hemos visto, sino al mismo sentimiento imperante en el Reich.

Tal como era característico en la estructura nazi, las organizaciones alemanas en Argentina eran muy numerosas y hasta en algunos casos superponían sus funciones. Destacaban el Frente Alemán del Trabajo, luego Unión Alemana de Gremios. Alrededor del uno por cien del ingreso de cada afiliado era retenido por la organización y un porcentaje de lo recaudado girado a Alemania. También gran cantidad de clubes, como el Club Alemán de Buenos Aires, la Cámara de Comercio, asociaciones de asistencia al inmigrante, etc.

Una sensación de renacimiento de las cenizas, de la vuelta al lugar de las potencias centrales y de la salida de la miseria de los años de Weimar; por supuesto, todos logros adjudicados al gran líder. La restauración del honor perdido era un sentimiento indetenible, imposible de disimular para el alemán promedio de cualquier parte del mundo... Se iría sumando a este nuevo orden un grupo que al comienzo había sido muy frío con los nazis en Argentina: los líderes de la comunidad empresaria e industriales, algunos de los cuales llegarían a ser piezas fundamentales en el armado de las redes de espionaje y las relaciones nazis con la alta política.